

MADRE TERRENAL

“Honra a tu Madre Terrenal para que tus días sean muchos sobre la tierra”

La Madre Terrenal está en ti, y tú en ella. Ella te parió, te dio la vida. Fue ella quien te dio el cuerpo y a ella lo regresarás un día.

Feliz tú cuando la conozcas, y a su reino.

Si recibes a los Ángeles de tu Madre, y cumples sus leyes, no verás enfermedad alguna.

Pues el poder de nuestra Madre está en todo. Reina en los cuerpos de los hombres y toda cosa viviente.

La sangre que en nosotros fluye nació de la sangre de nuestra Madre Terrenal. Su sangre cae de las nubes, salta del vientre de la tierra, murmura en los arroyos de los montes, fluye anchurosa en los ríos de los llanos, duerme en los lagos, brama poderosa en los mares tempestuosos.

El aire que respiramos nace del aliento de nuestra Madre Terrenal.

Su aliento es azul en lo alto de los cielos, susurra en la cima de los montes, murmura en las hojas de los bosques, ondula en los trigales, dormita en lo profundo de los valles, arde en los desiertos.

La dureza de los huesos nace de los huesos de nuestra Madre Terrenal, de las rocas y las piedras que, desnudas a los cielos, se levantan en las cimas de los montes, como gigantes que duermen en las faldas de los montes que, como ídolos colocados en el desierto, se esconden en lo profundo de la tierra.

La ternura de la carne nace de la carne de la Madre Terrenal, que amarillea y enrojece en los frutos de los árboles, nos nutre en los surcos de los campos.

La luz de nuestros ojos, la audición de los oídos, nacen ambas de los sonidos y los colores de la Madre Terrenal; que nos circunda como al pez las olas del mar o el aire remolinante al pájaro.

El hombre es el Hijo de la Madre Terrenal, y de ella el hijo del hombre recibió su cuerpo entero, así como el cuerpo del recién nacido nace del vientre de la madre.

Eres uno con la Madre Terrenal, ella está en ti y tú en ella. De ella naciste, en ella vives y a ella volverás.

Guarda por tanto, sus leyes, pues nadie vivir mucho ni ser feliz, sino quien honra a la Madre Terrenal y cumple sus leyes.

Pues tu aliento es su aliento, tu sangre es su sangre, tus huesos son sus huesos, tu carne su carne, tus ojos y oídos son sus ojos y oídos.

¡La Madre Terrenal!, siempre nos abraza, siempre rodeados estamos por su belleza, de ella nunca podemos separarnos; no podremos conocer sus reconditeces.

Siempre crea nuevas formas: cuanto ahora existe antes nunca fue. Cuanto existió ya no regresa.

En su reino todo es nuevo, siempre antiguo.

En su seno vivimos, mas no la conocemos.

Nos habla de continuo, más nunca traiciona sus secretos.

Siempre el suelo cultivamos y recogemos sus cosechas, más no tenemos poder sobre ella.

Siempre construye, siempre destruye, y su taller oculto está a los ojos de los hombres.

SÉPTIMA COMUNIÓN

Nuestra Madre Terrenal, la que envía a sus Ángeles para guiar las raíces del hombre y enviarlas al profundo, bendito suelo.

¡Invocamos a la Madre Terrenal! ¡Sagrada Conservadora! ¡Sagrada mantenedora! ¡Ella resultará el mundo!

La tierra es suya y su plenitud: el mundo, y a quien en él habitan.

Adoramos a la buena, la fuerte, la benéfica Madre Terrenal y sus Ángeles todos Bondadosos, Valientes, Cordiales, llenos de Fuerza, dispensadores de salud.

Por su brillo y por su gloria crecen las plantas en la tierra, junto a eternamente pródigas fuentes.

Por su brillo y por su gloria soplan pródigos los vientos, impeliendo las nubes hasta las fuentes eternas.

La Madre Terrenal y yo somos uno, en ella mis raíces tengo y en ella en mí se deleita, conforme a la sagrada Ley.